

Por qué el miedo nos mantiene alerta

Sin el instinto del miedo—dice el doctor William Lee Howard—ni el hombre ni el animal sobrevivirían. Pero, desde luego, este temor debe ser razonable y justo, originado por la expectación del dolor o la destrucción.

El conocimiento de que hay que evitar ciertas condiciones para poder sobrevivir, causa el miedo cuando estas condiciones se prestan o parecen probables. De aquí la razón de protegernos, de modo que el hombre o animal que teme justamente puede vivir su tiempo señalado.

Un ejemplo: el coyote es un animal astuto y consigue su alimento a hurtadillas. Ha aprendido a conocer el poder y ardites del hombre, y le teme. Antes de salir en busca de su presa, conejos, codornices, etcétera, cuidadosamente olfatea y husmea el olor del hombre o del perro. Se oculta en las malezas y entre las rocas para espiar a sus enemigos. Ha aprendido a temer las trampas y lazos y rara vez cae ahora en ellos.

Pero no ha aprendido a tener miedo a las cosas que vuelan, porque nunca lo matan o pillan. Un aeroplano no significa nada para él, y como no puede olfatear hacia arriba no se da cuenta de que por encima pasa un hombre y sin temor trota confiado, sabiendo que todo el terreno alrededor de él está libre de enemigos. Por eso es que ahora es perseguido y muerto desde aeroplanos. Si quedan algunos de su especie la experiencia creará el miedo al aeroplano y hasta que no se ingenie algún método más moderno el coyote sobrevivirá. Como se ve, en este sentido, el miedo, justo o legítimo, es un gran educador.

Miedo no significa cobardía o timidez: significa inteligencia. No es una emoción en el sentido estricto de este término. Las emociones fuertes paralizan el miedo, frecuentemente los músculos y en casos extremos el corazón. En esta última condición decimos que esta persona «murió de terror». Miedo y terror no son estados iguales, muy al contrario.

El miedo es el único y también el más grande factor para el progreso médico. El miedo a la conmoción que sigue a las operaciones quirúrgicas ha sido causa del descubrimiento de métodos que eliminan o disminuyen esta conmoción. La mujer que teme ponerse en las manos de un cirujano desconocido, o de reputación dudosa, tiene una justa razón para su temor. Por el contrario, la que ha

Núm. 25 — MARZO — Año 1917

San José, C.R.

COLECCIÓN EOS

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS, Editor

Ecos de la Asamblea de Profesores

I

(La mayor parte de este trabajo fué escrita al día siguiente de terminadas las sesiones: por eso en ella se alude al señor Brenes Mesén como Director de la Escuela Normal, no como actual Secretario de Instrucción Pública.)

Sabía yo de antemano que la Asamblea de Profesores celebrada en Heredia en la última semana de Enero iba a ser como todas las de su clase en Centro-América: mucha retórica, derroche de erudición barata y ningún resultado práctico. Por eso me abstuve de asistir a las primeras sesiones; pero pensando luego que tal vez podría obtenerse algún provecho hablando allí sin temores ni ambages, resolví prestar mi contingente—no de luces de que carezco—sino el de mi franqueza, de esa ruda franqueza tan mal interpretada por algunos y que tantos sinsabores me cuesta, hija de mi eterno anhelo de llevar a la perfección la cultura de una juventud que amo tanto. Mi exposición decía así:

«Como la mayor parte de los temas propuestos por la Secretaría son puntos de pedagogía general, am-